

MARTES COLOSAL

El peor libro escrito de la historia

MARTES COLOSAL

El peor libro escrito de la historia



Jorge Pérez Gómez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 3833-2026

ISBN: 979-13-7067-060-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jorge Pérez Gómez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Hoy es martes, el peor día de la semana.

Carlitos paseaba a la vera de la ría, sumergido en sus pensamientos, que no eran muy agradables que se dijera, ya que estaba pasando una mala época, por haber terminado con una relación hacía poco tiempo y eso le tenía en un constante estado de tristeza, lo único que le sacaba de ese pozo durante fugaces momentos, era contemplar lo bonito que estaba quedando la ciudad de Bilbao desde hace unos años hasta ahora, su arquitectura, su imponente Guggenheim y sobre todo su impresionante colección de monolito que poblaban los tejados de la ciudad. En realidad, no eran monolitos, eran colosos de piedra, esculturas realistas representando personas, animales reales o fantásticos, seres mitológicos de la zona, etc… Eso hizo que la ciudad cogiera una fama a nivel mundial y se llegara a formar un llamado turismo de azoteas. Por toda la ciudad había pasarelas que arrancaban desde las plazas más importantes como la de Moyúa, Abando, Sagrado Corazón, por nombrar algunas. Esas pasarelas iban ascendiendo hasta las azoteas de los edificios más importantes, formándose impresionantes miradores en los que podías tener vistas de distintos ángulos de los colosos.

Había de todo tipo y de diferentes atractivos. Algunos dependiendo de las horas que fueras a verlos proyectaban sombras en el suelo que sugerían otras cosas. Había uno que tenía cristales y con la luz adecuada sus reflejos hacían las maravillas de los que les gustaban los calidoscopios, otros eran perfectos para fotografiarles a contraluz al atardecer, incluso con la brisa adecuada algunos parecían tocar una melodía. Parte de los miradores te acercaban a los colosos para poder verlos de cerca y hacerte a la idea de la magnitud de ellos y de por qué la fama de Bilbao, desde otros las vistas eran alejadas para poder verlos en pequeño y en perspectivas formando un baile, una batalla, cada uno lo que su imaginación puede hacer trabajar.

Lo que estaba claro es que la ciudad ya no era esa gris e industrial que era antes, ahora se respiraba arte y un aura majestuosa que la envolvía, nunca mejor dicho, por completo.

Esto hacía que vinieran muchos artistas y soñadores a visitarla y Carlitos era las dos cosas.

Su pasión era la pintura y quedó enamorado de esa estampa que vio en una visita guiada en una de las tantas azoteas que había visitado, nunca se le borrará ya esa imagen de la cabeza, un día al atardecer en esos tejados de la ciudad y con todos esos colosos iluminados a cuál más bonitos impresionantes. Esa luz rojiza que pareciera hacerlos cobrar vida. En aquella visita se emocionó mucho y volvió a disfrutar del arte de la arquitectura, que pensaba que ya no había y que solo se podía seguir disfrutando de épocas pasadas. Desde entonces decidió venirse a vivir a Bilbao y preparar una exposición sobre esos colosos que tanto le habían marcado.

* * *

Hola, pido disculpas por interrumpir de esta manera, pero antes de continuar quería explicar un poco por qué he llamado así al libro, no es solo por llamar vuestra atención, sino porque de verdad lo pienso.

Por cierto, soy el escritor del libro.

La verdad es que no me considero escritor ni lo pretendo, pero sí que llevaba tiempo con la idea de contar alguna de las historias que se me pasan por la cabeza y nunca me he atrevido por no tener la capacidad de escribir bien.

Para que os hagáis a la idea, pensar que llevo sin escribir nada desde los veintidós años y ya tengo cuarenta y siete y cuando digo nada es nada, hasta tal punto que al empezar esta historia me puse con un bolígrafo y una libreta y no me acordaba de escribir en minúsculas y lo tuve que hacer todo en mayúsculas.

Siempre fui muy malo en las asignaturas de lenguaje y tengo faltas de ortografía y de expresión, o sea un desastre. El tema de leer también deja mucho que desear y sí que es verdad que llevo tres años leyendo bastante, pero antes de estos años podría contar con las dos manos los libros que me he leído en cuarenta y cinco años y seguramente algún dedo me sobraría. Sé que el hecho de haberme enganchado a la lectura ha hecho que me anime a dar este paso y meterme en este mundo que me tiene abrumado.

Después de terminar de escribir el libro he acudido a profesionales para intentar seguir los pasos estipulados antes de imprimir los primeros ejemplares. Todos me han dicho dos cosas. Una que sabía y me lo esperaba y otra que me ha sorprendido.

La primera es que está mal escrito y hay que darle muchas vueltas al manuscrito para dejarlo bien y estoy totalmente de acuerdo y la segunda que les encanta la historia, que tiene mucho gancho y potencial, que les ha hecho pensar y sobre todo sor-

prenderse. A la gente de mi entorno que lo ha leído también han coincidido con ello.

Os prometo que sabiendo todos los fallos que tiene el libro me he puesto delante y no he sido capaz de modificar nada, en parte por mis nulos conocimientos y por otra parte porque para mí todo suena bien y le he cogido mucho cariño. Por poner un ejemplo, los nombres los puse sin pensarlos, provisionales, escritos en negrita y subrayados, con la idea de al final centrarme en ponerlos adecuadamente a sus personajes, pero después de tanto tiempo con ellos en la cabeza para mí, aunque absurdos son perfectos.

También encontraréis anotaciones mías en las que me sugiero posibles mejoras para más adelante. Sin embargo, ahí se quedaron; en simples sugerencias. Me pareció divertido dejarlas tal y como están escritas, para que cada persona que lea esta historia pueda completarlas con su propia imaginación y, de ese modo, hacer que el libro se más personal e íntimo, dejando también una pequeña parte de uno mismo en él.

Con todo esto quiero deciros que después de pensarlo mucho decidí publicarlo de esta forma, así directamente como lo escribí.

Sabéis que en cine hay un término llamado plano secuencia. Se llama así a la técnica de grabar una escena completa en una sola toma continua, sin cortes, sin edición, desde su inicio hasta el final. Pues este libro así ha sido, he ido escribiendo día tras día lo que se me ocurría sin modificar nada hasta llegar al final. Y creo que leerlo sabiendo esto también lo hará más interesante y con un poco de suerte igual hasta consigo que algún lector que como yo no se haya atrevido a plasmar lo que tiene en la cabeza por miedo a hacerlo mal y no estar a la altura, igual se anime.

Y por último pido disculpas a los escritores de verdad por tener la osadía de publicar esto así.

Ahora sí os dejo de vuelta con Carlitos que seguía paseando por campo volantín, a ratos con los ojos llenos de admiración

por lo que le transmitía esa ciudad que le estaba cogiendo y a ratos humedecidos de tristeza al recordar a su persona favorita, que, aunque no estuvieran juntos ya, lo seguía siendo. Así era como iban pasando las horas de sus días durante ya casi un año.

Entonces se dio cuenta que había una mujer de cierta edad mirándole ya hacia un rato mientras descansaba en un banco, pensé que era cosa mía pero enseguida salir de dudas ya que empezó acercarse a mí al ver qué me había percatado de ello.

Se presentó y enseguida me propuso lo que ya llevaba tiempo esperando el momento para hacerlo.

—Hola, me llamo **Marianita** y llevo un rato observándote y antes de nada querría pedirte disculpas por si lo que te voy a decir te sentara mal. Pero me gustaría proponerte algo distinto a lo que seguramente te suele pasar, había pensado si te gustaría pasar una tarde conmigo y acompañarme a mi casa y conocernos, pasar un rato agradable, sin nada de presión, ni prisas y sin compromiso alguno y por supuesto te recompensaré bien.

Me quedé sin habla sin saber qué decir.

—¿Cómo te llamas?

—Soy **Carlitos**.

—¿No pareces de aquí, a que no?

—No, no, soy de fuera.

—Eso me parecía. ¡No sé, te veo como abstraído y por eso creo que lo que te propongo nos irá bien a los dos, hay que disfrutar de la vida, Carlitos, anda anímate!

—Ya, tienes razón **Marianita**, últimamente no estoy centrado, pero entiende que esto me está dejando en *shock*, con lo que me está pasando.

—Ja, ja, ja, en *shock*, ni nervioso, ni excitado, ni acojonado, solo en *shock*, bueno, bueno entonces ni tan mal va la cosa. Y me guiño un ojo.

—Bueno, tú no pienses en nada, charlemos, conozcámonos y ya está, como te dije sin presión y sin compromiso de nada.

La verdad que a **Marianita** se la veía una mujer segura y a sus sesenta años que yo más o menos calculaba no estaba nada mal, se la veía que se cuidaba y además la naturaleza le había dotado de buen cuerpo y una bonita cara.

Seguimos hablando un rato y la conversación fluía y empezaba a verla más cercana, poco a poco me empecé a sentir más a gusto y de repente mi cabeza hizo un clic y mi parte aventurera que hacía mucho tiempo que estaba apagada dijo, ¿por qué no?, parece divertida, está muy buena, (aunque nunca me había fijado en las mujeres de esa edad en ese sentido) y la situación que se estaba creando hacía que el momento fuera muy excitante. A ella se le iluminaron los ojos cuando se dio cuenta de que yo estaba poco a poco aceptando su proposición. Todo fluía y nos fuimos dirección a su piso que estaba allí mismo.

Era un portal que se veía lujoso, aunque eso sí ya tenía unos años el edificio.

—El ascensor está estropeado, **Carlitos**, ya lo siento.

—No pasa nada, no será muchos pisos, ¿no?

—Es el último.

—¡Vaya! Pues nada, tú dirás.

Ella fue por delante mío por las escaleras y ahí confirmé que tenía un cuerpo muy bonito, no sé si ya me estaba metiendo mucho en el papel o era la falta de contacto físico que tenía últimamente.

El piso era un señor piso, muy clásico y ostentoso (¡eso a mí me encantaba y eso no es normal en gente de mi edad, pero quién ha dicho que yo lo sea!) repleto de obras de arte, esculturas, cuadros, mucha madera, todo rebosaba creatividad y arte, una librería espectacular era la pieza central del salón y grandes ventanales que ofrecían unas perfectas vistas a la ría. Había unas grandes escaleras que daban a otro piso en el cual había un gran despacho que ocupaba toda la superficie del piso de abajo, o sea enorme,

del despacho se salía a una preciosa terraza de unos cuarenta metros cuadrados que me dejó con la boca abierta, mira que había visitado muchas terrazas en los últimos meses para coger apuntes de los monolitos para mi futura exposición, pero aquella me dejó atónito y sin aliento, ¡qué vistas tenía delante de mí!

Una vez que ya me enseñó la casa nos acomodamos en la terracita, me preparó una bebida y algo de picoteo. Yo le conté mi idea de hacer una exposición y ella alucinaba viéndome cómo disfrutaba de las vistas y cómo me había olvidado por completo de cómo había sido nuestro encuentro ya que parecía que nos conocíamos de hace ya muchos años y nos habíamos encontrado por casualidad y nos estábamos poniendo al día.

Todo fluía y entre que estábamos a gusto y las bebidas hacían ya su efecto, cada vez estábamos más cerca y las frases ya terminaban con un roce de mano, con un toque de rodilla y sin darnos cuenta nos estábamos besando, unos besos dulces y largos, sin pensar en nada, solo disfrutando el momento.

Estando en su dormitorio abrazados seguíamos hablando y conociéndonos. Ella me contó que era viuda desde hacía ya casi cinco años y de lo mucho que le había querido y lo felices que había sido con su marido (loco visionario), que así le llamaba.

Se ve que Loco Visionario era un reconocido arquitecto de Bilbao muy conocido por sus colegas, por su carisma y forma de ser tan campechano. Ella empezó a llorar hablando de él, todavía no entendía cómo del día a la mañana su marido había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Rubén, que así se llamaba, un día desapareció y nadie nunca supo nada de él, ella removió cielo, mar y tierra para encontrarle, pero después de dos años le declararon por muerto. La dolía muchísimo haberle perdido, pero aún más no saber cómo ni por qué.

Me dio muchísima pena verla así porque sentía que la estaba cogiendo cariño y a la vez me sentí un poco mal porque yo estaba como en una nube, ya que entre otras cosas que me iba contando

el enterarme de que Loco Visionario había sido el autor de cuatro de los mejores **Colosos** (el arquitecto con más monolitos hasta el momento seguido de los demás que prácticamente todos tenían dos), me tenía alucinado. Ya entendía entonces por qué era tan conocido y respetado.

Yo estaba alucinando, mi obsesión por mi exposición y por esa tendencia arquitectónica estaba parada y era solo curiosidad e ideas en mi cabeza y de repente estaba en casa de uno de los mejores artífices y en una de las mejores vistas de Bilbao en ese aspecto.

Mi interés desde ese momento se multiplicó por cien.

Entre confesiones mutuas y risas se nos hicieron las once de la noche y yo decidí irme a mi casa, a pesar de la insistencia de ella para quedarme, pero aunque estaba a gusto con ella necesitaba asimilar todo lo ocurrido esa tarde tan distinta.

La despedida no fue nada tensa ya que habíamos creado un vínculo y una confianza muy sana y a mi parecer muy bonita.

—Carlitos, me llamó cuando abría la puerta de salida del piso.

—Toma, esto es para ti, me dio unos cuántos billetes, habría como seiscientos euros calculé a simple vista.

—No, por favor, Marianita, no los quiero, he estado muy a gusto y nunca lo hice por el dinero.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

—No lo sé exactamente, pero me pareciste una mujer noble y me diste mucha confianza.

—Anda, anda, y esto también ayudaría un poquito, **Marianita** con las dos manos se contorneó los pechos bajando hasta su culo y con cara pícara me besó rico.

—Jajajaja, también, también, y se me escapó un suspiro.

—Oye, ¿nos volveremos a ver, Carlitos?

—Quién sabe, no planeemos nada, ¿de acuerdo? —Y cerré la puerta, bajando las escaleras. En mi cara, por primera vez en mucho tiempo, había una sonrisa tonta y permanente.

Seguí con mi paseo por el campo Volantín, el paseo más extraño que había hecho jamás.

Llegué a mi casa después de una hora andando y, cuando me disponía a abrir la puerta, pensé que podría haber sido todo cosa de mi imaginación, de esas historias locas que me montaba mientras paseaba muchos de los días que necesitaba desconectar de mi realidad. Y me sentí verdaderamente triste, ya que había parecido tan real que era imposible que fuera cierto; tantas casualidades no podían ser.

Me dispuse a sacar las llaves del bolsillo y del interior cayó un papelito al suelo. Lo recogí y en él había escrito: gracias por haberme hecho sentir tan bien y un número de teléfono. Se me dibujó una sonrisa en la cara y pensé que desde aquel día el martes pasaba a ser el mejor día de la semana.

Los siguientes días los pasé con una sensación rara, entre contento y animado, pero a la vez con una sensación de estar fallando a mi exnovia, que era realmente la que ocupaba mi corazón. Así estuve tres días que no hacía otra cosa que darle vueltas al tema.

Por fin tomé la determinación de romper el papel del teléfono y tomar lo ocurrido esa tarde como una anécdota curiosa y peculiar.

Se lo conté a mi amigo Raúl y él se descojonaba de la historia y no hacía más que animarme a seguir en contacto con ella; para él era una historia divertida y una fantasía cumplida, como decía él. Pero para mí, que a pesar de habérmelo pasado muy bien y disfrutar y, por supuesto, conocer y coger cariño a **Marianita**, no dejaba de ser una situación extraña y no sé por qué me daba la sensación de que, aunque **Marianita** me decía que eso lo hacía habitualmente y que era para ella algo natural disfrutar así de la vida, yo lo que percibí fue otra cosa muy distinta. Noté a una mujer fuerte, pero que no sabía muy bien qué hacer en esa situación, que iba improvisando y que se dejaba llevar, no sé si por gusto o por desgana de la rutina o por algún motivo que desconozco. ¡A

mi parecer eso fue también lo que hizo que conectásemos también y todo fluyera como lo hizo, mierda! Ahora querría tener el papelito dichoso y mandarle un mensaje, y hablar un rato con ella, pero bueno, lo hecho, hecho está y hay que pensar en otra cosa.

Pasados ya siete días, es martes otra vez y ya siendo uno de los días preferidos de la semana, por lo menos en una temporada. Me he venido al Museo de Bellas Artes de Bilbao, que me gusta hacer una visita de vez en cuando. Tengo una pelea interna entre cuál me gusta más, este o el Guggenheim, pero siempre termino con la idea de por qué no me pueden gustar por igual, por qué siempre hay que elegir entre dos cosas. ¿Te pueden gustar por igual cosas totalmente distintas y no por eso estar mal? Y en ese pensamiento me vino a la cabeza **Marianita**. ¿Qué sería de ella? ¿Me habría echado de menos? ¿Estaría esperando nerviosa mi llamada? O, de lo contrario, ¿había sido uno más yo? En fin, ya había tomado la decisión de no continuar con el asunto, o sea, que no hay que darle más vueltas.

Me fui a comer unos pinchos por el Casco Viejo, donde se comía y bebía de maravilla, pero pincho para arriba, pincho para abajo, no hacía más que pensar en ella y, sin darme cuenta e inconscientemente, tomé camino a Campo Volantín con la intención de que, con un poco de suerte, pudiera verla, aunque ella no lo hiciera, y observarla a distancia para ver qué sensaciones tenía.

Me senté en un banco un poco alejado de su portal, pero que tenía la vista despejada, y por un momento sentí ser un espía en una misión secreta. La verdad es que todo lo que rodeaba a **Marianita** me resultaba excitante y como estar viviendo una aventura. Pasó una hora larga y mi espalda ya notaba la dureza de la madera de esos bancos, que no eran muy cómodos que se dijera. Decidí irme porque, después de estar ahí todo ese tiempo, ya no me parecía tanta aventura e incluso empecé a pensar que podía

parecer un tipo de acoso y me fui de allí rápidamente y maldiciendo la idea tonta que había tenido

Desperté a la mañana siguiente alucinando porque tenía la sensación de estar experimentando dos vidas en una, la triste y lenta y la rápida e intrigante, pero me tenía que dejar de tonterías y centrarme en lo que había venido a hacer al País Vasco, mi exposición.

Yo tenía muy claro que en la exposición sí o sí había cinco **Colosos** que eran los más importantes y estarían seguros en ella, pero necesitaba por lo menos hacer veinticinco cuadros más o menos y monolitos había como cuarenta. Uno de mis preferidos y que, por cierto, no estaba muy lejos del piso de Marianita (que ahora que lo pienso, con los nervios de la situación, no me fijé si se veía desde esa fantástica terraza) es un imponente tigre que encumbra un edificio y parece defenderlo de los otros monolitos con una gran majestuosidad.

Al día siguiente decidí ir al registro de arquitectos de Bilbao para conseguir un listado de todos ellos e información: autores, años de fabricación, descripciones y todo tipo de datos. Tuve que estar bastante tiempo en una sala de espera, ya que no iba con cita y, entre que no sabía cómo pedir lo que quería y que estaba solo en la sala y ahí no había movimiento alguno, me desesperaba pensando en que no querían atenderme. Por fin salió un chico y me hizo pasar, pedir lo que quería y, cuando me dio un folleto que tenía cientos en una mesa a la entrada, me quedé con cara de tonto y más cuando me dijo:

—Hombre, si era para eso, haber entrado y cogido unos cuántos tú mismo.

Salí con una mala leche en el cuerpo y pensando que no estaba centrado, que tenía que empezar a espabilar de una vez. No me apetecía salir a la calle todavía y me quedé en mi sala de espera, sí, porque parecía mía, ya que en hora y media que llevaba ahí no había aparecido nadie. Me senté a mirar los folletos; eran en